



CURIOSAS SEGUIDILLAS,

Y PINTURA DE UNA HERMOSA DAMA.

Formar quiero una copia
de Tirsi bella,
porque siendo à mi gusto,
saldrá perfecta:

Porque mi gusto
no pretende ofenderla
con el dibuxo.

Por los ojos empiezo,
pero es delirio.

Porque solo ellos copia
son de sí mismos:

Y que se ofusque
es preciso, quien quiera
copiar sus luces.

No del sol son remedo,
porque conozco,

que si el sol vivifica,
matan sus ojos:

Tan dulcemente,
que porque ellos le matan,
Celauro muere.



De Cupido son hechas,
mas con tal gracia,
que aun él mismo en su fuego
fénix se abrasa:

Quién tal creyera,
que al amor le abrasaran
sus mismas flechas!

Pero con la violencia
que matar suelen,
dan vida, con que logran
dar muchas muertes:

Quien no se rinde,
no confie que pueda
verse felice.

Dormiditos à ratos,
lince parecen,
pues apenas se miran,
y ya se entienden:

Qué harán despiertos,
los que causan dormidos
tan dulce efecto!

En

En sus cejas agrados
amor vincula,
y aunque son ellas grandes,
no es ceji-junta:

Sin duda ha sido,
para que mas cautive
su agrado mismo.

Arcos son de su cielo,
con tal franqueza,
que un raudal de delicias
me manifiestan:

O quien lograra
perpetrarse à su vista,
por alcanzarla!

Sus mexillas, diluvio
de nieve y rosa,
tormenta de alvedrios
amantes forman:

Solo quisiera
ser yo solo quien corra
tanra tormenta.

Pero en vano pretendo
tan grande dicha,
porque tienen el riesgo
muy à la vista:

Y es fuerte intento,
que tambien quieran otros
lo que yo quiero.

Es su frente espaciosa
campo de lides,
donde el cristal y el ampo
sus armas miden:

Pero se advierte,
que à los dos por osados
venció la frente.

Este campo amoroso
corrió mi afecto,
y aunque cayó rendido,
no halló tropiezo:

Que su caída

solo estuvo en ser breve,
tan tersa y limpia.

De su pelo en el golfo
no temo ahogarme,
que por mas que se rice,
siempre es suave:

Bien que sus rizos,
aunque blandes, del alma
son laberinto.

El color acredita
sus pensamientos,
sobre nobles, leales,
pues no es bermejo:

Que así lo sean,
mas me importa que el oro,
que Ofir engendra.

Su nariz que es atlante
de tanto cielo,
es por lo bien formada,
ni mas ni menos:

Y es tan perfecta,
qui ni toca en romana,
ni es aguileña.

Al mirarla tan linda,
me pone espanto,
que sin dar en tropiezos,
cayga el cuidado:

Ya sé en qué estriva,
y es que solo al mirarla,
cae en que es linda.

A su boca me entrego
buzo amoroso,
por robar avariento
todo el tesoro:

Que en finas perlas
quaxó, pròvida en todo,
naturaleza.

Por lo muy primorosa
tanto se guarda,
que apenas por lo breve,
me

R. 22. 481

me ofrece entrada:

Conque presumo,
que para hacerle mio,
no le produjo.

El ayre de su aliento
me resucita,
pues á nadie es oculto,
que ámba respira:

Tengo por cierto,
que es para mis heridas
contra-veneno.

El coral de sus labios
partido expresa,
que dispara volcanes
en lo que alienta:

Y no me engaño,
pues no bien lo divide,
quando me abraso.

Son índices purpúreos,
por lo que encienden,
que aun son fuego las iras
de sus desdenes:

Y si estos quemar,
qué serán los favores,
que alguien la deba?

En su barba descubro,
que amor dibuxa
para mis pensamientos
la sepultura:

Y es lo que admira,
que aunque grandes, a un hoyo
breve se ciñan.

De esperanzas al aura
finos crecieron,
y quando esta les falte,
dalos por muertos:

Mas son heroycos,
y aunque sin ella mueran,
yo la perdono.

De cristal su garganta

con duelo hermoso,
forma dulces alientos
los desahogos:

Tanto, que el viento
mendigá suavidades
de sus alientos:

Que me encante no extraño,
porque en él miro
el iman de mis ojos
y mis oidos:

¿Y a quién no encanta
qualquier paso suave
de su garganta?

A sus manos la nieve
nada las diga,
porque á puño cerrado
la darán higa:

Ya lo quisiera,
que así la hermosearan
tan blancas pellañ.

El jazmin atrevido
quiso copiarlas,
pero ya en su osadía
su afrenta labra:

Conque no extraño,
que en sus manos encuentre
tan linda mano.

Juzgo que mantequillas
serán sus pechos,
pero yo nunca pinto
lo que no veo:

Dixe que juzgo,
porque serán muy blancos,
pues que son suyos.

Mantequillas los nombro,
porque imagino,
que si se vieran graves,
fuera lo mismo:

Mas es dislate,
que siempre han de ser dulces,
le-

leves ò graves.

A su talle desciendo
con gran zozobra,
porque solo en mirarle,
me da congoxa:

Por ser la cárcel,
donde tiene cautivas
las libertades.

Mas no quiero excusarme
del cautiverio,
por lograr en su cárcel
tan dulce aprieto:

Quién le lograra,
aunque nunca se vieran
libres mis ansias!

Lo que diera un cautivo
por rescatarse,
diera otro que está libre,
por cautivarse:

Que no lastiman
prisiones, quando al alma
da amor la vida.

De su pie la pintura
mas me provoca,
pues le ignoro, y le pinto
con punto en boca:

Será un juguete
de marfil, que un asombro
bello mantiene.

Que no es grande, presumo,
mas no lo afirmo,
que jamas yo disputo,
quántas son cinco:

Y así remato,
con que no vi la horma
de su zapato.

Pero cómo es posible,
pintarse pueda
un pie, que á la mas lince

F

vista se niega?

Si es solo un punto,
hasta ahora medirle
ninguno pudo.

Si quieren de que pinte
mas por menudo,
es pedir los matices
solo al discurso:

Y es muy impropio,
que éste usurpe el oficio
á manos y ojos.

Que lo errase era fuerza,
si á él se fiara,
que el discurso sin vista
tal vez se engaña:

Vea yo y toque,
y hallarán que resaltan
mas los colores.

Al fin, Tirsi, Celauro
mal dibuxante,
si en pintarte te ofende,
indultos halle:

Pues que no ofende,
por muy tosco que pinte,
quien obedece.

Con rasgar el dibuxo,
le das castigo,
pero á bien que le queda
otro mas lindo:

Y aunque te enfades,
éste jamas tus ceños
podrían rasgarle.

Este retrato hermoso,
que con la muerte
solo de mi memoria
borrarse puede:

Es el del alma,
donde tu bella imágen
tengo estampada.

N.